

EL CANTÁBRICO

DIARIO DE LA MAÑANA

SANTANDER.-Año XIX.-Número 7.461

Director: DON JOSE ESTRANI

Sábado 1 de noviembre de 1913

POR TIERRAS DE CAMPÓO

El pantano del Ebro

La tienda de Errazti.— De cómo se pasa el rato y se venden bizcochos.— La industria de quesos y mantecas.— La señorita Blanca.— Una lectora de EL CANTÁBRICO.

Algunos días en Reinosa, el ábrego, que soplaba furioso, en rachas heladas, y la lluvia, que caía impiadosa, me forzaron á refugiarme en la tienda de Errazti, que es popularísima en la villa. Siempre encontraba gentes de varia calidad que entretenían el tiempo leyendo periódicos, chupando caramelos y comentando imparcialmente la última habilidad de Romanones ó esperando á que Maura bajase del Olimpo. Bien arropaditos los contertulios, con sus bufandas de lana y sus botas de aguas, desafiaban la lluvia y el frío... entre cristales, viendo pasar las horas lentas, monótonas, y esperando la del correo ó la de la cena, que suele ser temprana.

Es una tienda alegre y blanca, que trasciende á simpatía y cordialidad. Cesáreo, que está en ella feliz como el pez en el agua, parece el sembrador de aquella buena semilla de democracia. ¡Y que ricos olores la embalsaman de queso fresco, de manteca blanda, de rosquillas doraditas y bien tostadas!

En tan apacible recinto hablé con el señor Errazti, propietario de la fábrica de quesos y mantecas «La Campurriana», una de las industrias típicas y tradicionales en la tierra. Y el señor Errazti, me dijo así:

—Preveo que la realización del pantano del Ebro ha de producir una grande revolución en las costumbres y en la manera de vivir de las gentes, sobre todo en las que pertenecen á Campóo de Yuso y Las Rozas, que son los

Ayuntamientos más afectados por la inundación; y que Reinosa sentiría perjuicios de consideración si no se llevara á cabo lo que se tiene por consecuencia inmediata de las obras, que es la desviación del ferrocarril de la Robla, con su paso obligado por la villa, y la construcción de una carretera que nos ponga en contacto con los pueblos que han de quedar del otro lado del pantano, con los cuales nos comunicamos hoy por el camino que ha de ser inundado. Con estas obras y un plan de colonización bien estudiado, para el que pudiera servir de base un viaje por la provincia de Lérida, donde ya hay precedentes de expropiación de pueblos enteros que han sido instalados ventajosamente en lugares inmediatos... con todo esto, yo creo que la villa no perdería nada y los habitantes de los pueblos damnificados encontrarían, quizás, medios de vivir, sin llegar á la alarmante emigración que hoy se siente. Encontrarían medios de vida, digo, por la venta, más provechosa, que harían de los productos del país, dados los medios de comunicación de que entonces habíamos de disponer, porque los pueblos, separados de nuestra villa al tenderse el ferrocarril de La Robla, buscando otros mercados, volverían hacia nosotros con sus productos, ya que Reinosa, con dos estaciones y buenas plazas, constituiría un centro de venta importante y cómodo.

El Estado, además, se encontraría con una gran fuente de riqueza—que no le mueve á la realización de sus proyectos de riegos para la riqueza nacional—, con la fuerza de miles de caballos que produciría el paso del agua embalsada en la época del estiaje, que es cuando más valor tiene la fuerza hidráulica. Y esta riqueza seguramente sería repartida entre los pueblos perjudicados.

La industria quesera no sé qué efectos sufriría; pero todos los ganaderos están conformes conmigo en que los terrenos que han de ser inundados no los aprovecha ni una sola vaca de las que producen leche para las necesidades de las fábricas, ni para el consumo de la villa, ni para el de los mismos pueblos, puesto que las pocas reses destinadas á la producción de leche, se mantienen de los pastos

de las alturas, que son los mejores. Y por otro lado, y para terminar, con el paso del ferrocarril de la Robla por Reinosa podríamos recibir cómodamente la rica y abundante leche de las villas pasiegas, que hoy no tiene fácil colocación.

Terminó, efectivamente, el señor Errazti, Cesáreo, en tanto, satisfecho de vivir, envolvía el rostro en una sonrisa, dedicada, como señal de complacencia, á una moza de buena estampa, flor del valle, que pagaba un abultado paquete de bizcochos. Y dos contertulios se embozaban hasta los ojos, disponiéndose á capear el temporal, después de haber leído y comentado el sacrificio coletudo de *Bombita*.

Aquella mañana había estado yo en la fábrica de quesos «La Reinosana», la más antigua de Campóo, pues la fundó en el año 1880 don C. Napoleón Boffard. Actualmente es propiedad de su respetable viuda, con la activísima intervención de Blanca Boffard, inteligente señorita que sabe hacer compatibles las tareas mercantiles con las labores del encaje y del crochet. Sabedor de tan gentil intervención en la fábrica, bien ponderada en toda Reinosa, pregunté al llegar por la señorita Blanca. Pero la señorita Blanca estaba en el tocador, haciéndose el peinado; y no queriendo hacerme esperara me avisó que me recibiría por la tarde.

Acudí puntual. Llovía tristemente y el ábrego fingía en las calles el aullido de un lobo. Reinosa se envolvía en la soñolienta luz del crepúsculo, como un pueblo de tragedia y de ensueño. Y en los montes lejanos, allá por las alturas del Portillo Somahoz, hacia los puertos de Brañosera y de Hajar, brillaban en manchas bruñidas las primeras nieves.

Blanca Boffard se apareció en el zaguán de la casona. Se envolvía en un vestido de terciopelo negro y abrigaba el cuello con pieles que no eran precisamente campurrianas, sino de otras más ricas y suaves. Su espléndida cabellera rubia, de un rubio encendido como una llama, lucía recogido sobre el cráneo como el casco de una walkyria. Y bajo el oro del pelo, el rostro sonreía, blanco como el nombre de la leyenda que le adorna.

En una dependencia inmediata, donde entramos, un hombre con los brazos al aire trabajaba, envolviendo en papeles finísimos, con maravillosa rapidez, quesos redondos y bien olientes. Por la puerta entraba en una grata oleada el aroma de los productos recién elaborados. Campesinos olores, que sabían á heno, á campo agreste, á montaña selvática y bravía...

—¿Qué quiere usted que yo le diga?—preguntaba la señorita Blanca—. Nos preocupa el problema, que lo es, y muy grave, para esas pobres gentes que ven amenazada su casita y el pedazo de tierra donde trabajan y donde han pasado lo mejor de su vida. Ese Campóo que ha de inundarse con el pantano, constituye una región ganadera que surte de leche á las industrias de quesos y mantecas. Claro está que al desaparecer los pastos bajo las aguas, la producción de leche disminuirá sensiblemente y las industrias se perjudicarán en consecuencia. A nosotros, á nuestra fábrica, no ha de importarle que vengan nuevas vías de comunicación, porque no sabemos adonde hemos de recurrir en busca de leche para sustituir la que perderemos cuando se inunde este Campóo. ¿Qué adelantaremos nosotros con un nuevo ferrocarril, si la producción se dificulta? ¿Y adónde iremos á adquirir la leche que para la fábrica necesitaremos? Por lo pronto, á los pueblos de Pas no podemos ir, porque aquellos vecinos no venden la leche que recogen. La utilizan ellos para las necesidades de su vida industrial.

Mi madre, que sabe de estas cosas más que yo—siguió diciendo la señorita Blanca—teme que la aglomeración de las aguas influya en el ambiente y dañe la calidad de los quesos. Y entonces, nos veríamos obligados á irnos á Torrelavega, donde ya trabajamos mucho. Pero por lo pronto, tememos, tememos... Quiere decirse, en resumen, que nuestra fábrica encontraría dificultades para la producción, si llegara á perderse el abastecimiento de la leche en estos Campóos de por acá, porque de Campóo de Arriba ya no nos abastecemos por dedicarse aquellas gentes á la cría del ganado. Por lo demás, la venta no será para nosotros un problema, ni nos preocupa. Y ya está—terminó—. ¿Qué más voy á decirle á usted, ni qué podemos decir nosotras, las pobres mujeres, de estas cosas?

Me despedí de la señorita Blanca, agradeciendo sinceramente á sus delicadas amabilidades. Seguía lloviendo tristemente y el viento pasaba en ráfagas siniestras. El Ebro, este río que escucha al nacer una tonada montañesa y lleva, para morir en el mar, las arrogancias de la jota, que es lo mismo cantar de amores que de guerra, corría turbio y revuelto, despeñándose valle abajo como un corcel sin freno.

En la hondura del zaguán, envuelto en las penumbras del atardecer, quedaba la señorita Blanca, brillante la espléndida cabellera de oro

como el casco de Brunilda. Su voz me detuvo un momento, cuando ya avanzaba sobre el peldaño del zaguán para ganar la calle.

—¿En dónde veremos esa información, con las pobres cosas que yo he podido decir?

—En EL CANTÁBRICO, señorita—contesté.

—¡Cuánto me alegro!—repuso sonriente—. ¡Si es el periódico que yo leo!

JOSÉ MONTERO.

Villanueva, 25 de octubre de 1913.
